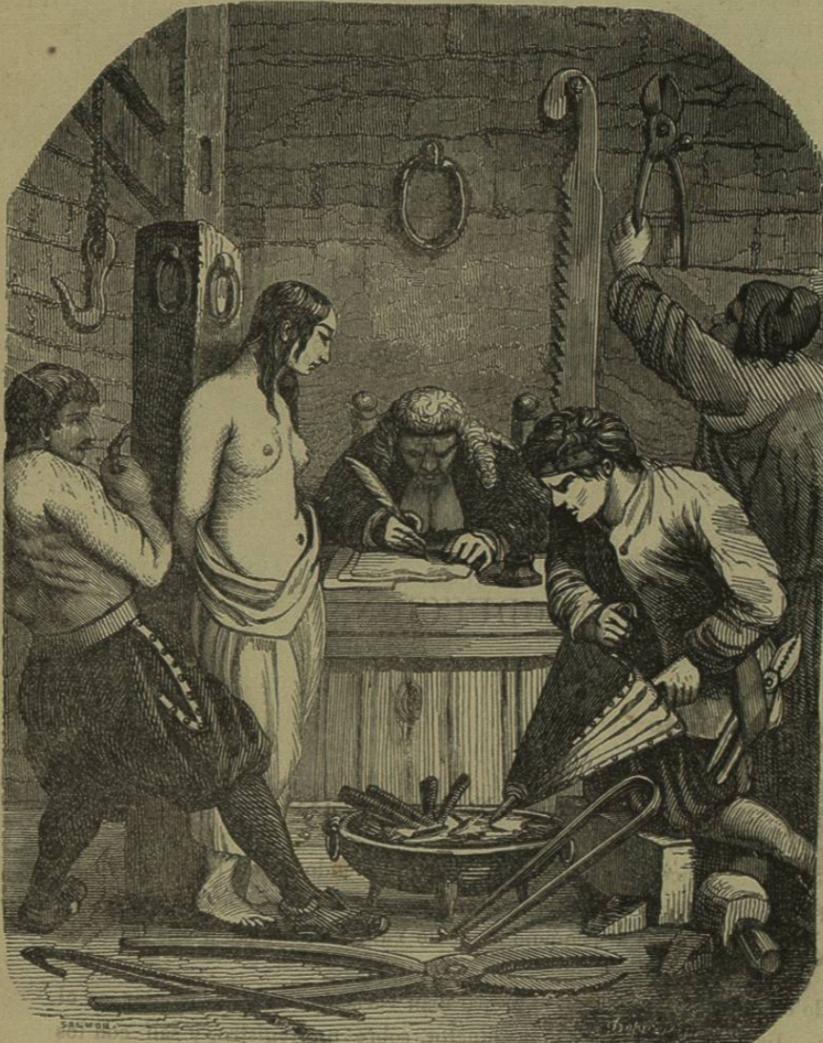


CAPILLA ALFONSINA  
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 U. A. N. L.



# LA MARQUESA DE BRINVILLIERS.

Traducida por el Sr. José S. González.

## INTRODUCCION.



En un viaje que hice á Normandía en 1838, tuve una aventura muy singular.

Encontrándome en Ruen, y queriendo visitar las ruinas de la abadía de Jumièges que no conocía, tomé un carruaje que me condujese al pequeño lugar de Yainville, situado á una legua de Duclair.

Cuando entré en el despacho, se preparaban varias personas á montar en el carruaje. Inscrubió mi nombre el conductor sobre un registro, y salí con los otros viajeros. Eramos ocho: dos lugareñas, una señora de Ruen con su marido y su hijo, un eclesiástico, un señor vestido de negro, y yo, vestido en traje de viage.

Los viajeros fueron llamados en el mismo orden que acabo de indicar: pero cuál fué mi admiracion al oír decir en alta voz por el conductor:

—Señor de Brinvilliers!

Volví á un lado la cabeza y ví al que estaba vestido de negro, montar en el coche y sentarse en la primera banca, haciendo observar que estaba inscripto para ir á Jumièges: tomé un asiento cerca de él y nos pusinos en camino.

Aquel nombre de Brinvilliers, tan desgraciadamente célebre despues del siglo XVII, me admiró. Me acordaba haber leído en las *Causas célebres*, que dicha familia era originaria de Normandia; pero no podia esperar encontrarme en mi pasage sentado al lado de uno de los descendientes de aquella anciana nobleza.

Despues de algunas horas, llegamos á Yainville. M. de Brinvilliers y yo, bajamos del coche y tomamos á nuestra izquierda por un pequeño sendero lleno de árboles que conducia á Jumièges.

Anduvimos cerca de cinco minutos, él gravemente y de un modo magistral, yo, admirando con entusiasmo los verdes llanos, que confundiéndose á lo léjos con las montañas azules del horizonte, van á perderse entre las aguas del Sena.

Tal vez habriamos guardado por mucho tiempo el mismo silencio, si una circunstancia, fútil en apariencia, no lo hubiese turbado.

Una antigua iglesia romana, destruida por el tiempo, se presentó á nuestras miradas.

Por un instinto muy natural en casos tales, dejamos nuestro camino y nos dirigimos directamente al templo. Despues de haber abierto una puerta de madera llena de esculturas y toda carcomida, nos encontramos en un lugar sombrío, miserable, degradado, que servia á la vez de almacen y caballeriza. A tal espectáculo, mi compañero de viage dió un suspiro y me dijo:

—Hé aquí, caballero, la suerte de todas las cosas de la tierra!

Yo iba á responder, pero él continuó:

—Hace un siglo y medio, el pueblo de Yainville se reunia en esta iglesia. Esos muros, esas bóvedas, esos capiteles, esas columnas, esas estatuas, esos altares hoy sucios y profanados, mutilados por la mano del hombre, se hallaban cubiertos de ricas pinturas. En el lugar en que está ese astillero, habia un magnífico órgano, y allí doude veis esos instrumentos de jardinería, hubo en otro tiempo un confesionario donde mis abuelos venian á menudo á arrodillarse. Pues bien, señor, todo ha concluido! Los Brinvilliers, bienhechores de esta parroquia, han muerto! La fé se ha apagado, la iglesia no ecsiste ya, el pueblo está desierto!.....

Y repitió sordamente.

—He aquí la suerte de todas las cosas en la tierra.

Tal language, en boca de un hombre cuyo nombre se me habia enseñado á maldecir, me sorprendió en sumo grado. No sé si él se apercibió del efecto que sus palabras me produjeron, pero dirigiéndose hácia la puerta, replicó:

—Oh! os sorprendería mucho, Señor, si os dijese que la marquesa de Brinvilliers.....

—Esa detestable envenenadora, interrumpí como aturdido.

Mi cicerone se mordió los labios.

Balbué algunas palabras de justificacion: sin quererlas oír, continuó con el mismo tono:

—Si os dijese, Señor, que la marquesa de Brinvilliers nació en este pueblo, y que fué bautizada en esta iglesia.

—En esta iglesia? Cómo es, pues, que tal particularidad no se encuentra consignada en ninguna historia?

—Porque la mayor parte de las historias de este tiempo, son falsas, incompletas. Hace mucho que Voltaire al hacer ver la falta de los historiadores sus antecesores ó contemporáneos, dijo: *He aquí como se escribe la historia!* y empiezo á creer que Voltaire al escribir eso en el siglo XIX tendria aún razon.

—A pesar de todo, repliqué, es segun las mismas piezas del proceso que los historiadores de la marquesa de Brinvilliers han escrito.

—Nó! El guia de los biógrafos, de los historiadores, y aun de los dramaturgos de nuestra época, lo ha sido simplemente una mala obra que lleva por título: *Causas célebres*, escrita por el abogado Richer. Yo, Señor, agregó, voy á publicar la vida de la marquesa de Brinvilliers: no con el objeto de rehabilitar la memoria de mi parienta, porque seria inútil é inconveniente á la vez; pero para presentar esa muger, tal cual fué desde su nacimiento hasta su muerte. A fin de llevar al cabo ese largo y penoso trabajo, me he servido de las cartas y papeles de mi familia: he consultado los registros del parlamento, los archivos de palacio, los procesos, los *Factums* publicados en 1676 en favor y contra ella, las relaciones manuscritas de su abogado y de su confesor, las memorias, las gacetas de aquella época; en fin, todas las piezas que tienen relacion al proceso de madama de Brinvilliers.

Abrió una gran cartera que llevaba bajo el brazo, y me enseñó una multitud de papeles todos llenos de escritura.

—Si me lo permite el tiempo, dijo, haciéndome ecsaminar página por página su manuscrito, é indicándome con el dedo el principio en que cada pasage estaba puesto, os daré un resúmen esacto y sobre todo, dramático, de esta nueva historia tan curiosa y enteramente desconocida.

Encantado con tal proposicion, me apresuré á decirle con un aire suplicante:

—Jumièges es aún un lugar pequeño; tenemos una hora de dia, el tiempo está hermoso y el calor soportable; así pues, Señor....

Mi compañero consultó su reloj, reflexionó algunos instantes: despues, con un aire satisfecho:

—Acepto; me dijo.

Acortamos el paso, y comenzó su lectura en estos términos.